

Después de largo silencio, y ya en edad muy avanzada, escribió y publicó Mesonero sus *Memorias de un setentón*, libro de muy agradable lectura, lleno de interés, de amenidad y de datos curiosos.

D. Ramón de Mesonero Romanos era individuo de número de la Real Academia Española desde el día 17 de Mayo de 1838.

Su muerte, muy sentida por la estimación y el afecto que por tantos títulos había alcanzado de sus compatriotas, ocurrió en esta misma villa y corte el 30 de Abril de 1882.

Ya se entiende que nosotros sólo podemos tratar aquí de D. Ramón de Mesonero Romanos, apreciar sus obras y contar su vida, en brevísimos resúmenes. Quien desee conocer todo esto, con pormenores y circunstancias, detenido examen de los escritos, observaciones y documentos, deberá leer el notable discurso necrológico que sobre Mesonero ha compuesto D. Emilio Cotarelo y que formará cuando se imprima un no muy pequeño volumen.

Don José Joaquín de Mora es personaje literario tan original y tan importante que, si bien hemos tratado de él extensamente en la introducción de esta obra, todavía nos queda mucho que decir. Y como no es posible que digamos sino muy poco, por la brevedad que han de tener estas semblanzas, aconsejamos á

quien desee enterarse mejor de todo, que lea los apuntes biográficos sobre D. José Joaquín de Mora, escritos por D. Miguel Luis Amunátegui, é impresos en Santiago de Chile en 1888.

Mora nació en Cádiz el 10 de Enero de 1783. Estudió leyes en la Universidad de Granada, donde tuvo por compañero y amigo á D. Francisco Martínez de la Rosa.

Como durante las vacaciones volvía á Cádiz, trabó allí amistad con otros jóvenes de mérito y de grandes aficiones literarias, entre los cuales descollaba D. Antonio Alcalá Galiano.

En 1808, movido por amor de la patria, tomó las armas contra los franceses y se halló en la batalla de Bailén. Siguió militando como soldado raso voluntario, y llegó á ser alférez cuando cayó prisionero de los franceses. Enviado entonces á Francia, permaneció allí algunos años y no volvió á España hasta 1814, casado con una señora francesa llamada Francisca Delauneux.

Desde 1814 á 1823 Mora vivió casi siempre en Madrid, empleándose en tareas literarias. Publicó entonces un periódico, que salía dos ó tres veces cada semana y se titulaba *Crónica científica*. En aquella publicación fué D. Antonio Alcalá Galiano uno de los principales colaboradores de Mora, y ambos sostuvieron una muy animada polémica contra D. Nicolás Böhl de Faber, alemán de nación, pero fervoroso hispanófilo, padre de la ilustre escritora que tan famosa se hizo más tarde con el seudónimo de Fernán Caballero.

Böhl de Faber, difundiendo en España el criterio romántico de sus compatriotas Guillermo y Federico Schlegel, ensalzaba á Calderón y celebraba nuestro antiguo teatro; Mora y Galiano, extremando las doctrinas pseudo-clásicas á la francesa, rebajaban el mérito de aquel glorioso dramaturgo.

En 1818 empezó Mora á darse á conocer como autor dramático, aunque no con obras originales, sino con traducciones y arreglos. Por encargo de Isidoro Máiquez puso en castellano la tragedia de Carlos Brifaut, titulada *Nino II*, en la que tantos aplausos había alcanzado en París el célebre Talma. Máiquez los alcanzó en Madrid no menores, representando la traducción de Mora. Éste tradujo también en verso, adaptó ó arregló á nuestra escena, otra comedia francesa, á la que puso por título *La aparición y el marido*.

La actividad de Mora como escritor era, sin duda, buena y fecunda por la pasmosa facilidad que para escribir él tenía; pero, fuerza es confesarlo, no podía menos de resentirse de tener por estímulo, más que la inspiración, el deseo de ganarse la vida. De aquí que Mora divulgase en sus escritos, ya traducidos ya propios, las doctrinas más opuestas. Con idéntico entusiasmo, al parecer, trasladaba al castellano las vidas de los filósofos antiguos del espiritualista Fenelón, fervoroso cristiano y casi místico, y el *Ensayo sobre las preocupaciones* del Barón de Holbach, materialista y ateo.

De presumir es, no obstante, que por inclina-

ción natural, Mora propendía al liberalismo y á ser librepensador y algo descreído, aunque sin negar las más fundamentales nociones religiosas de la existencia de Dios y del libre albedrío, y consiguiendo responsabilidad del inmortal espíritu del hombre.

Movido Mora por sus ideas liberales, dejó de ser mero literato, y ya desde 1820 á 1823 tomó parte en la política de su tiempo.

En un nuevo periódico, llamado *El Constitucional* sostuvo el partido de los comuneros, el más exaltado liberalismo de entonces.

El restablecimiento del poder absoluto, por la intervención de los cien mil hijos de San Luis, hizo que Mora emigrase, refugiándose en Londres. Allí se hizo muy amigo y secundó los trabajos del ilustre, aunque extraviado, D. José María Blanco ó White, ya que se le conoce con el mismo apellido, ora en inglés, ora en castellano. El aborrecimiento de Blanco á su patria, España, y á la religión católica, hubo de rayar en delirio. Blanco llega á decir, que no quiere escribir en nuestra lengua, porque nuestra lengua «ha llevado consigo la superstición y esclavitud religiosa, donde quiera que ha ido».

Algo inficionado Mora por la contagiosa manía de Blanco, á par que dominado por amor vehemente y cándida admiración á todo lo inglés, se empeñó en difundir la cultura y las artes británicas entre los españoles, pues españoles eran todavía los que en América habían sacudido el yugo de la madre patria y se habían declarado

independientes. Deseoso de llevar la luz intelectual á aquellas regiones y de arrojar de allí las tinieblas de la ignorancia y la barbarie, Mora empezó por simpatizar con los insurrectos. Después, á fin de ilustrarlos, colaboró con White en la revista *El Mensajero de Londres*, publicada por el editor Ackermann, para uso de los hispano-americanos. Gracias al mismo editor, Mora dió también á la estampa otro á modo de periódico, titulado *No me olvidéis*, del que hace Blanco extraordinarios elogios. Blanco cree que Mora promete mucho, y que después de escapar de la *mazmorra ó charco estancado* de España, si se dedica con ardor y perseverancia al estudio de los escritores británicos, llegará á escribir muy bien, así en prosa como en verso, echando la zancadilla á cuantos en España han escrito ó escriben, lo cual no era al cabo muy lisonjera ponderación, ya que para Blanco valía poquisimo cuanto en España se ha escrito, y lo que es á nuestra poesía la calificaba de palabarrera, ampulosa y falta de sinceridad en los sentimientos.

Alentado Mora por las alabanzas de Blanco, y siendo, como era, infatigable y fertilísimo productor de prosa y de versos, siguió desde Londres tratando de civilizar á los hispano-americanos que, según él asegura, «habian vegetado por siglos en el pupilaje más opresivo y bajo la férula del gobierno más ciego de Europa, y empezaban á gozar una especie de edad viril, retardada hasta entonces por la opresión de sus tutores».

Para instruir, pues, á los hispano-americanos

en las ciencias y en las artes, y de concierto con el editor Ackermann, Mora tradujo ó compuso multitud de obras de todas clases: las revistas *Museo Universal* y *Correo de Londres*, *La Persia*, descripción de aquel país, *Cartas sobre la educación del bello sexo*, *El Talismán* y el *Ivanhoe*, de Walter Scott, *Historia de los árabes desde Mahoma hasta la conquista de Granada*, *Historia de Méjico*, de Clavijero, vertida al castellano, y *Meditaciones poéticas*, imitadas de Blair.

Pero el medio más eficaz de que Mora y Ackermann se valieron, para divulgar los conocimientos en América, tan atrasada según ellos, por la esclavitud y en que la tuvimos y por nuestros establecimientos pedagógicos, semilleros de *corrupción y de abusos*, fueron los epitomes ó breves compendios á que dieron el nombre de *Catecismos*.

En prueba de la ignorancia lastimosa que habia en América, Mora dice indignado que este título de Catecismo chocó bastante por allí. Muy ignorante debo de ser yo, porque el tal título de Catecismo también me choca; me choca tanto como si llamásemos catecúmeno al estudiante, ángel al cartero ó al mensajero, obispo al inspector, eucarística á cualquiera cosa blanca, hecatombe al sacrificio de hombres y no de bueyes y otras impropiedades un poquito pedantescas y cursis de la misma laya. Con todo, y dejando aparte esta cuestión, me limitaré á decir que Mora compuso tres Catecismos: el de Geografía, el de Gramática castellana y el de Gramática latina.

Creciendo después su afición á difundir la cultura entre los hispano-americanos, y como si dijéramos á sacarlos del borrador en que los había tenido España y á ponerlos en limpio, Mora no se aquietó ni se contentó con ir á América en espíritu, envuelto en lo que escribía, sino que cruzó corporalmente el Atlántico, acompañado de su mujer, y fué á establecerse en Buenos Aires. Hábiale llamado á aquella República su Presidente, D. Bernardino Rivadavia, dándole favor, auxilio, empleos y distinciones.

Nuestro propagador de las luces, trasunto, hasta donde es posible en nuestra prosáica edad moderna, de los Osiris, Triptolemos, Cadmos y Orfeos de las edades mitológicas, aportó á Buenos Aires en Febrero de 1827. En seguida fundó un periódico, escribió mucho y de todo, animó á los rioplatenses para que diesen culto á Minerva y dijo mil horrores contra la fanática, decaída é ignorante España.

La mujer de Mora, asociándose con la mujer del sabio andante napolitano D. Pedro de Angelis, que habían llegado á aquellas playas en el mismo barco que Mora, estableció y dirigió á medias un colegio de señoritas, educando así al bello sexo, mientras que el sexo feo era educado por su marido.

Duró poco, no obstante esta benéfica y útil situación del matrimonio docente.

Cayó Rivadavia, subió al poder el partido contrario, y quitó á Mora la pensión que recibía, molestándole además, ya que no persiguiéndole.

Por fortuna la buena fama de Mora había salvado la ingente cordillera de los Andes y pregonado en Chile sus altos merecimientos.

El Presidente de aquella República, D. Francisco Antonio Pinto, quiso tenerle á su mandado y valerse de él como auxiliar y consejero para sus empresas civilizadoras y gubernamentales. Mora salvó también los Andes, por donde su buena fama le había precedido, y se instaló en Santiago con más honrosa consideración y lucrativos empleos que los que en el Rio de la Plata había gozado.

Allí fundó y redactó *El Mercurio Chileno*, escribió muchísima prosa y no pocos versos, logró que su mujer, apoyada por el Gobierno, estableciese un colegio de señoritas, reformó él mismo la instrucción pública y el Instituto nacional ó Liceo, á modo de Universidad, para la educación de los varones, y por último, á semejanza de Solón, de Licurgo y de otros antiguos sabios, redactó la ley fundamental ó Constitución chilena, que hizo aprobar por la Asamblea de sus legisladores. Pero en Chile, lo mismo que antes en la República Argentina, duró poco la elevación de Mora y su poder y su influjo, que sobre todo se extendían. No cabe referir aquí todo lo que hizo Mora en Chile y las raras muestras que dió de su actividad y aptitud como político, como pedagogo, como poeta lírico y dramático y como periodista. Multitud de émulos, llenos de odio y de envidia, se alzó contra él. El nuevo Presidente Ovalle y su Ministro Portales, se declara-

ron contra Mora, y Mora al fin fué preso y expulsado de Chile. Ya desde la nave en que salió para el Perú del puerto de Valparaíso, empezó Mora á tomar venganza de los chilenos que le expulsaban. Como despedida, imitando á los partos, que disparaban al huir sus más mortíferas flechas, Mora disparó una sátira muy graciosa, poniendo en ridículo al citado Presidente y á su Ministro.

Después le hallamos establecido en Lima, donde también encuentra numerosos amigos, admiradores y protectores. Entre sus amigos de entonces figura D. Felipe Pardo, que se había educado en Madrid en el colegio de Lista, teniendo allí por condiscípulos á Pezuela, Espronceda, Ventura de la Vega y Roca de Togores.

Pardo, culto é ingenioso poeta como sus condiscípulos mencionados, desplegaba en aquel tiempo muy prolífica actividad literaria, escribiendo mucha poesía lírica y satírica, así como las comedias *Frutos de la educación*, *Una huérfana en Chorrillos* y *Don Leocadio*, que se representaron con buen éxito en el teatro de Lima.

Mora contaba también con otros amigos literatos y con importantes amigos políticos, así peruanos como chilenos, como él expulsados de Chile. Esta circunstancia le movió á seguir empleándose en los negocios de la República chilena, á fin de llevar de nuevo á su presidencia al General O'Higgins. De aquí, y también de la ferocidad con que trataba en sus escritos á todo chileno que no era partidario del mencionado

General, resultó que cuantos eran acérrimos enemigos de éste vinieron también á serlo de Mora con mayor encarnizamiento. Hubo, pues, ruidosas y crueles polémicas y desapiadados insultos, con los que Mora fustigó y lastimó á no pocas personas, pero de los cuales salió también lastimado y herido.

Llegó en esto el año de 1834. El tirano de su patria, como nuestro ilustre aventurero llama á Fernando VII, había muerto ya, y eran grandes las halagüeñas esperanzas que se tenían de que en España, aun en medio de alborotos, trastornos y guerras civiles, renaciese la libertad y se abriese y allanase el camino del progreso. Mora sintió, pues, vehemente deseo de repatriarse. Sus compromisos políticos y su persistente odio contra Chile le detuvieron en América todavía. El Presidente de la República de Bolivia, General Santa Cruz, le llamó á su capital, la Paz, le prestó valimiento y apoyo y le nombró para que dirigiese los estudios y enseñase en la Universidad que había fundado.

Mora, admirador, y tal vez consejero de aquel General ambicioso, siguió su suerte y participó de sus triunfos, cuando Santa Cruz se apoderó del Perú y creó la confederación Perú-Boliviana.

Sin duda Mora estimuló después la ambición de Santa Cruz para que también se apoderase de Chile; pero como los apuros pecuniarios de aquel caudillo no eran menores que su ambición, Mora recibió el encargo de ir á Londres á buscar re-

cursos, levantando un empréstito. Así volvió Mora á Europa en 1838, después de haber pasado diez años en el Nuevo Mundo.

Sus gestiones para inspirar confianza en la Confederación Perú-Boliviana y lograr que en Londres le prestasen dinero iban siendo harto difíciles, cuando al fin tuvieron desastroso remate, así como el odio de Mora contra Chile y la ambición del caudillo á quien representaba. Este caudillo fué completamente derrotado por los chilenos en la batalla de Yungai. Se deshizo la confederación que Santa Cruz había creado; él, que se llamaba Protector, cayó del poder y tuvo que emigrar, y el Consulado y la importancia de Mora se disiparon como un sueño.

Lleno de desengaños, y es de presumir que poco medrado de fortuna, volvió Mora á su patria, que le recibió cariñosa.

En Cádiz tomó en 1843 la dirección del Colegio de San Felipe, cargo que, sucesivamente, habían desempeñado D. Alberto Lista y D. Antonio Alcalá Galiano.

Pronto, no obstante, vino Mora á establecerse en Madrid, donde desplegó su infatigable actividad mental, tratando de difundir la filosofía escocesa y las doctrinas económico-políticas de su amigo Mac-Culloch y escribiendo muchos artículos en periódicos diarios y semanales, como *La América*, de D. Eduardo Asquerino.

Sin duda convendría que se reuniese, ya que no todo, lo más selecto de los artículos de Mora, y de ello se hiciese una edición esmerada. Otras

varias obras suyas, sobre muy distintas materias, y no pocas de bastante extensión, merecen no caer en olvido. Sus cartas familiares, por último, son amenísimas, interesantes y graciosas. Modelo de estilo epistolar, su autor se muestra en ellas con toda la sinceridad de su alma, y dice con franqueza cuanto se le ocurre y cuanto su aborrecimiento ó su simpatía le sugiere sobre las personas y las cosas. Y todo esto lo dice, ya en prosa desatada llena de chistes y de gracia, ya en versos, hechos al correr de la pluma, con fácil y maravillosa maestría para medirlos y rimarlos con rimas imprevistas y raras. Muchas de las cartas de Mora que Amunátegui publica en su libro, son precioso dechado de las referidas cualidades.

Hallándose Mora todavía en América, en 1836, publicó en Cádiz un tomo de poesías. Otro mucho más voluminoso publicó en Madrid, en 1853. Y aun así ha de quedar inédito casi otro tanto de sus versos, porque su vena era raudal caudaloso y continuo.

Si como sabio y prosista Mora era divulgador de ideas ajenas más que propias, todavía presta fuerza y cierta originalidad á su estilo su entusiasmo por la libertad y por el progreso, su afán de ilustrar y de enseñar á la gente de su casta, que consideraba atrasadísima, y su anglomanía candorosa y vehemente.

Como poeta fué más original que escribiendo en prosa. Es cierto que rara vez se elevaba á grande altura, pero en algunas de sus poesías,

como en la epístola á Martínez de la Rosa que nosotros publicamos, la pasión política le presta poderosas alas para romper la red de las poco atinadas doctrinas estéticas que él mismo había tejido y para encumbrarse á las regiones de la poesía lírica verdadera.

Sus versos satíricos y jocosos están llenos de agudeza y desenfado. Brillante prueba de ello dan su no acabado poema de *Don Juan* y sus *Leyendas españolas*, donde más que la narración de la fábula y la pintura de los personajes, interesan y divierten las digresiones y disertaciones que Mora entrevera en la historia con mayor abundancia y diversidad de asuntos que Ariosto en el *Orlando* y que Byron en el *Don Juan* y en el *Beppo*.

La Real Academia Española reconoció y premió el mérito de Mora recibéndole en su seno el 20 de Diciembre de 1848.

Para la Academia hizo Mora muy útiles trabajos, especialmente sobre sinónimos.

Durante algún tiempo estuvo Mora en Londres como Cónsul de España.

En proporción de su fecunda labor y de su mucho saber é ingenio, bien puede afirmarse que la fortuna le favoreció poco y que son inferiores á su valer la fama, la popularidad y el provecho que obtuvo. Mora llegó á edad muy avanzada y murió en Madrid el 3 de Octubre de 1864.

Su mujer, que le acompañó en sus peregrinaciones y que hábil y valerosamente le auxilió en sus trabajos, le sobrevivió bastantes años y mu-

rió á los 98 de su edad, en 1887, y también en esta corte.

Me he extendido aquí mucho más de lo que debiera, si se atiende á la índole de esta obra, por ser poco conocido de la generalidad de los españoles el insigne polígrafo é ingenioso poeta de que trato.

Don Antonio Alcalá Galiano

entra con razón, según lo que yo entiendo, en el número de nuestros líricos, aunque su fama como tal no es grande. Otras prendas y estudios suyos la han eclipsado. Lo mismo ocurre con otros ilustres personajes políticos que también han sido poetas, como por ejemplo D. Joaquín Francisco Pacheco, D. Antonio de los Ríos y Rosas y D. Juan Donoso Cortés. Si de Pacheco y Ríos Rosas prescindo en este FLORILEGIO, es por creer que sus versos acrecientan muy poco la alta nombradía que tuvieron y tienen. Y en cuanto al Marqués de Valdegamas, bien puede asegurarse que sus versos importan poco, por haber sido el notabilísimo y extraño poeta en prosa, orador y pensador elocuente y algo filósofo y teólogo, aunque apocalíptico y un tanto cuanto extraviado, ya por la antipatía sugestiva que le inspiraba Proudhon, ya por su más sugestiva simpatía hacia Bonald y el conde José de Maistre.

Galiano, en cambio, aunque fué también hom-